

mérito de ser un iniciador y el de escribir bellamente, pero su menuda prole indoamericana merece se le aplique un dicho de Benavente: «Felices nuestros discípulos, porque de ellos serán nuestros defectos». Ud., como Vaz Ferreira, fomentan otro tipo de educación filosófica. Es el que yo prefiero. Con mis mejores votos por el año que comienza, reciba un saludo cordialísimo de su amigo y admirador.—(Fdo.) DR. CORIOLANO ALBERINI.



ME LLAMABAN CASANDRA, por Genieve Tabouis. Edit. Ercilla

La distinguida periodista Tabouis nos da en este magnífico libro los detalles necesarios para imponernos de los antecedentes que causaron la caída de Francia. Pocos, muy pocos son los libros que nos han impresionado tan intensamente como el de ahora, entre los relacionados con la política y manejos diplomáticos franceses. Hubo traidores en esa Francia, traidores que aparecen en «Me llamaban Casandra», con sus trajines de mala fe y nefastos fines. Con una agilidad de novelista nos va llevando Tabouis por los capítulos con facilidad. En ellos se vive la actividad social, política e internacional del pueblo francés. Hay en la forma narrativa cierta objetividad y realismo que llaman la atención. Son capítulos llenos de amenidad por la pintura de algunos salones sociales, reuniones y entrevistas. Todo se bosqueja aquí con el propósito de dar a conocer los personajes que tomaron parte en el desquiciamiento de Francia.

Mme. Tabouis fué llamada, y se le sigue conociendo con el nombre significativo de Casandra, por haber dado a conocer proféticamente lo que se tramaba alrededor de su patria. Pero hubo sordera y ceguera. No se le escuchó. Desatendieron frívolamente lo que esta apasionada periodista escribiera durante siete años en su diario «L'Oeuvre». La lucha que sostuvo en ese período está narrada en su libro con veracidad. Nadie hubo

en su tierra que estuviese mejor informada de lo que sucedía y de lo que acontecería en Europa. Nadie mejor que ella habló desde las columnas de un diario por el buen futuro de su país. Pero con interés o sin él, no se le escuchó, y aun se le atacó con pasión. Y Tabouis, Casandra o la pitonisa de Francia, es por ahora una de las pocas mujeres más admiradas por la labor patriótica en beneficio de su pueblo.

«Me llamaban Casandra» es la obra de una periodista de alcurnia, por esto tiene su obra un valor sobresaliente con relación a otras que se han escrito a raíz de la derrota de Francia. El libro llegó hasta nosotros con el prestigio extraordinario de la autora, por el papel profético que le cupo en aquellos días de tragedia ciudadana. Leyéndola, hemos sentido su valor y admiramos el espíritu portentoso de esta mujer digna de los mayores elogios. Los que la atacaron, amando su propio país, hoy se encontrarán con la amargura cruel de la verdad, mirando su propia tierra manchada por la sangre de sus conciudadanos. Y sobre todo al sentirse en el drama, en la esclavitud que se enseñorea con la ceniza y la destrucción. Los que no escucharon a Casandra con oportunidad sus advertencias, hoy comenzarán a admirarla y a quererla con ese amor que ella puso por conservar la libertad y la justicia. Turbio período, y doloroso. Hoy, menos mal, que la esperanza vuelve a agitarse en los pechos de todos los franceses y de los pueblos dominados por el imperio de la fuerza.

Genieve Tabouis con destreza intelectual, con método y análisis, con precisión desarrolla los antecedentes y la caída misma de Francia. En seis partes ha dividido su obra: 1.º Otros tiempos; 2.º Miradas desde una buhardilla de Ginebra; 3.º Cuando los dictadores eran pequeños; 4.º Los malos pastores; 5.º Marianne desafía al Banco de Francia; 6.º Traición y guerra. Cada uno de estos capítulos está lleno de informaciones, y hay tal penetración que nada resulta superficial. Los episodios narrados son de tal colorido que la lectura se hace amena. Na-

da encontramos forzado. En sus seis capítulos se hallan consignados, según el índice de nombres, más de 800 personajes que tienen relación directa con la vida social, política, diplomática e internacional de Europa.

«Me llamaban Casandra» es un libro de palpitante interés, y constituye un documento, un aporte magnífico para el conocimiento de la derrota de nuestra querida Francia. La versión se debe a Inés Cané, y como todas las suyas siempre intachable, correcta.—FRANCISCO SANTANA.



CABO DE HORNOS, cuentos por *Francisco A. Coloane*. Edit, Orbe; 2.^a edición. Santiago.

No coinciden generalmente en la obra literaria el interés con el mérito. En las novelas de Jack London, por ejemplo, o de Conrads, o de Blaisse Cendrars, hay a nuestro parecer un veinte por ciento de mérito y un ochenta por ciento de interés.

En realidad, es el tema, exótico, desconocido para el lector, lleno de peripecias, con una psicología meramente descriptiva, lo que nos hace entusiasmarnos en esas largas narraciones de aventuras, a las que nuestra imaginación agrega una buena parte en su efecto. Eso, y la amenidad, y la técnica, otras condiciones más o menos consistentes o más o menos superficiales. Pero todo eso es transitorio, y el tiempo se encargará de mostrarnos la verdadera osamenta artística de la obra.

Estos cuentos, sencillos, auténticos, truculentos, de Francisco A. Coloane, perderán acaso, cuando el ambiente novelístico de la Tierra del Fuego sea cada vez más frecuentado por los pasos de otros escritores que forzosamente han de venir tras las huellas del autor de «Cabo de Hornos», parte del vivo interés que de inmediato han despertado en el público lector. Parte solamente; pues el autor de «Cabo de Hornos» posee,